



Alejandro Talavante es uno de los toreros más esperados por la afición después de su apoteósico arranque de temporada

EDUARDO MANZANA

## LOCO POR MADRID

No sé qué me está pasando, todo ha ido muy rápido, quizá a tiempo, pero hay momentos en que me tuteo con la felicidad, cosa que no sentía desde la última vez que los Reyes Magos aparecieron por casa

ALEJANDRO TALAVANTE MATADOR DE TOROS

Escribo casi un año después de que se empezase a pronunciar bien mi primer apellido. Antes del mayo pasado, que era mi mayo número dieciocho, he crecido lo más rápido que he podido, pero no a tanta velocidad como este último año, tan rápido que a veces perdí de vista a mi sombra y me asusté. Antes de este último año crecí entre una familia numerosa, el mayor de cinco hermanos más pequeños, rodeado de «barbies» y «supermanes», capaces de realizar

cosas fuera del alcance de los mortales. También entre canciones de Sabina que contaban historias que siempre quise vivir y, que sin darme cuenta, algunas de esas canciones llegué a tocar con los dedos; y rodeado de algún amigo que como yo vivíamos por y para alguna chica que se dejase invitar al cine.

Con los toros, lo mismo los odiaba, que de vez en cuando me gustaban, pero era una relación que me planteaba muchas dudas, cosa que no me hacía mucha gracia. ¿Sería capaz de asimilar el fracaso?,

¿sería tan grande como lo pintan?, ¿era necesario alejarme de todo lo que quería para apostar por algo poco probable?, ¿tenía que dejar de ser un niño con trece, catorce, quince o dieciséis años? Muchas preguntas en contra, pero ahí estaba siempre Madrid, rondando mi cabeza llena de pájaros. Viajaba a Madrid desde niño. Cada vez que entraba en la capital por el Paseo de Extremadura y me adentraba en esa bajada que hace la autovía, dejando a la izquierda la Casa de Campo y alzando Madrid entre árboles y cemento,

me entraba sensación de montaña rusa en el estómago, y me extrañaba.

Loco por Madrid pasé muchos años diciendo a mis padres o a mis amigos que sería mi hogar cuando me tocara afeitarme y me abandonase la cara de una vez por todas el acné. Pero su plaza, incluso en momentos de pasotismo que tenía hacia los toros, no se me quitaba de la mente, entraba y salía como un fantasma sin pedir permiso, quería creer que tenía significado esa misteriosa obsesión por un ruedo y unos miles de ladrillos, con 24.000 almas con ganas de sentir y un montón de vidas que han acaba-

do en su arena. Felicidad y tristeza, ese contraste se palpa cuando entras, ya sea de espectador o de protagonista. El pasado año entró un niño y salió un hombre, y a lo largo de este último año he vivido más intensamente que en los otros dieciocho pasados. No se qué me está pasando, todo ha ido muy rápido, quizá a tiempo, pero hay momentos en que me tuteo con la felicidad, cosa que no sentía desde la última vez que los Reyes Magos aparecieron por casa. Ahora, en una aldea, encaro San Isidro con miedo pero con ilusión, porque vuelvo al sitio que me enseñó que la grandeza existe y no es sólo para «supermanes», y al sitio que el año pasado, al salir de su plaza, me robó de mis labios un «ha merecido la pena» con lo que dejé y con lo que gané.

Madrid, mayo, San Isidro o Las Ventas, intentaré pagarte con lo que me diste, la vida. De la forma en que lo haga habrá gente que lo defina mejor que yo, pero esto es lo que siento antes del 15 de mayo.

---

«Encaro San Isidro con miedo pero con ilusión, porque vuelvo al sitio que me enseñó que la grandeza existe y no es sólo para «supermanes»»

---